

# Capitalismo o Comunismo: un Falso Dilema

Por MANUEL SALAZAR Y ARCE

He felicitado a mi antiguo maestro de economía don Daniel Cosío Villegas por no ser ningún bizantino y por atreverse a escribir en esta hora trágica del mundo acerca del comunismo. Pero también he dicho que no estoy en todo de acuerdo con él. Recordando a Aristóteles, diré que soy amigo de Cosío Villegas, pero que soy más amigo de la verdad.

Entre las ideas expresadas por Cosío Villegas en su trabajo "El comunismo en la América Latina", que fué publicado por EXCELSIOR y con las que estoy en desacuerdo, una de las que considero más importante es la que anota en la parte final de su estudio. Allí dice: "El problema (del comunismo) se complica hasta un extremo increíble, casi diría insoluble, cuando la elección ha de hacerse entre dos poderes imperiales...".

Si no entiendo mal, Cosío Villegas piensa que a la América Latina (y, puesto que el problema es mundial, a todas las naciones) no les queda sino esa alternativa: escoger entre el imperialismo capitalista americano y el imperialismo comunista de la URSS. Esto — pienso yo — es un gravísimo error: el mundo moderno puede salvarse sin recurrir ni al capitalismo liberal ni al comunismo soviético, sino adoptando y viviendo plenamente la doctrina católica, la doctrina para todos los países, para todos los tiempos y para todas las circunstancias.

Marx, en el prólogo de "El Capital", y los marxistas se han quejado amargamente de "la conspiración del silencio", "urdidá alrededor de su obra", como decía Enrique González Apacicio. Con mucha mayor razón que ellos, los católicos podemos quejarnos de una conspiración mil veces peor. Nosotros conocemos la literatura comunista, pero en cambio, como ha escrito Cathrein: "se levanta una muralla china de aislamiento a todo lo que procede del campo católico. *Catholica sunt, non leguntur*. Se combate con furia el Índice romano y se olvida que entre los acatólicos hay un índice no impreso mucho más numeroso, en el que se encuentran incluidos todos los libros católicos" ("Filosofía del derecho", introducción). La completa ignorancia de la doctrina católica, en un hombre tan culto como don Daniel Cosío Villegas, demuestra que todavía hoy sigue siendo cierta la afirmación de Cathrein.

Un notable jurista no católico, Rudolf von Ihering, al saber que lo principal que había expuesto en su famosa obra "Der Zweck im Recht" había sido tratado ya magistralmente varios siglos antes por Santo Tomás de Aquino, escribió honradamente lo siguiente: "Me pregunto admirado: ¿cómo fué posible que tales verdades, una vez expuestas, cayesen en el

más completo olvido para nuestra ciencia?... ¡Cuántos errores se hubieran evitado!"

El gran crimen del mundo cristiano es haber olvidado a Cristo. Y este crimen es mayor todavía entre los intelectuales. Se desprecia, se posterga a Cristo. A cualquier "sabio" o "científico" de fama efímera se le reconoce más autoridad que a Cristo. El mundo moderno todavía no acaba de comprender que Jesucristo no sólo es verdadero hombre, sino que también es verdadero Dios.

Aquí mismo en México, un país que las estadísticas hacen aparecer como enteramente católico, se proscribió a Cristo de la enseñanza y de la ciencia. En el principal centro de cultura del país, donde según el estatuto hay completa libertad de cátedra y de expresión, y para mayor ignominia en la Facultad de Filosofía se ha dado el caso bochornoso de negar un examen doctoral porque en la tesis se demostraba científicamente la superioridad de la solución católica, precisamente respecto al liberalismo y al comunismo. Y el director de la Facultad — por cierto, miembro del Colegio de México, igual que Cosío Villegas — se atrevió a afirmar que no era científico mencionar a Cristo. En la Escuela Nacional de Economía, varias personas, entre ellas algunos funcionarios del Gobierno, obstinadamente se han opuesto a incluir en el plan de estudios la cátedra de Catolicismo Social, pero en cambio se enseña obligatoriamente el marxismo. Y son muchísimos los intelectuales, católicos y no católicos, que en nuestra época desconocen por completo la solución católica.

"¡Con sólo que la gente pudiera leer...", dice John Strachey que decía Marx. ¡Con sólo que los intelectuales leyeran la maravillosa literatura católica... digo yo. Si compararan la saporífera y pesada literatura marxista — que algunos de sus partidarios, avergonzados, achacan cómodamente a los carbuncos de que padecía Marx — con la claridad y belleza de la doctrina católica, notarían una diferencia de abismo: el abismo

que separa al error de la verdad, a las tinieblas de la luz. Estoy seguro de que muchas personas de buena fe que militan en el socialismo o en el liberalismo reconocerían la inmensa superioridad de la doctrina católica, única verdadera.

Hace cerca de veinte años Daniel Cosío Villegas trató de resumir una estupenda conferencia de don Alfonso Junco sobre el catolicismo social decía por radio lo siguiente: "Debo confesar que soy un hombre de una experiencia personal tan limitada que casi fué el del señor Junco el primer sermón que he escuchado en mi vida". Parece que, todavía a la fecha, conoce bien poco al cristianismo. Creyendo yo en su buena fe, quisiera recomendarle unos cuantos libros, entre tantos buenos que hay, para que fuera conociendo a la doctrina católica. Estoy seguro de que sabrá apreciar la diferencia.

En español, le recomiendo "La reconstrucción social, según el plan del Papa Pío XI", por Charles P. Bruehl, publicada por la Editorial Poblet, de Buenos Aires. En francés, le recomiendo el "Précis de la Doctrine Sociale Catholique", escrito por Ferdinand Cavallera y "La Doctrine Sociale de l'Eglise et la Science Economique", por Charles Bodin, publicadas por Ediciones Spes, de París. En inglés, le recomiendo "Reorganization of Social Economy", por Oswald von Nell-Breuning, S.J., editado por "The Bruce Publishing Co." de Nueva York.

Incidentalmente, le propongo muy seriamente a don Daniel Cosío Villegas que publique (traducidas en su caso) las obras citadas en la colección del Fondo de Cultura Económica, entre otras cosas para disipar las críticas de sectarismo e izquierdismo que algunos han formulado con cierto fundamento.

Y también sería muy conveniente que Cosío Villegas leyera y que el Fondo publicara las traducciones de las siguientes encíclicas: "Quod apostolici", acerca del socialismo; "Rerum novarum", sobre la condición de los obreros; "Graves de communi", que trata de la democracia cristiana; "Diuturnum illud", sobre la autoridad; "Immortale Dei", acerca de la constitución cristiana del Estado; "Libertas", sobre el liberalismo y la verdadera libertad; "Quadragesimo anno", acerca de la restauración del orden social, y "Divini Redemptoris", sobre el comunismo. Seguramente que los Papas León XIII y Pío XI son más inmortales que el chiflado de Fourier, el fanático emborronador de cuartillas de Diderot (como se llamaba a sí mismo), el "pequeño burgués" (como lo llamaba Marx) de Proudhon y el energúmeno enajenado de Nietzsche, a quienes Cosío Villegas, muy equivocadamente, considera como "inmortales".

Pero el espacio ya se acabó y tengo todavía mucho que decir, que dejaré para próximos artículos.